

Buri Abud UN CONTADOR



Buri Abud

UN CONTADOR

Trece horas

“Stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus”

UMBERTO ECO

Los que acostumbramos a volar rutinariamente y a cruzar océanos a bordo de aviones nos hemos habituado a esos ritos de cómo armar la valija, cómo tener en orden los pasaportes y documentos de viaje, dónde y cómo guardar los objetos de valor.

No tenemos las expectativas de aquellos para los que el viaje en avión les resulta excitante, les provoca temor o los deja sin dormir noches antes por los nervios. Nos parece tan común como viajar en tren.

Sabemos también que los vuelos se retrasan, se cancelan, se reprograman. En general, esos escenarios nos perturban. Porque estamos confiados en cumplir una agenda en la otra punta del mundo y a veces estos inconvenientes te dejan frito. El avión sale tarde, o no sale, o está cerrado el aeropuerto de destino por razones climáticas, y todos los etcéteras que pueden ocurrir.

Todo este grupo de pasajeros frecuentes, entre los que me incluyo, estuvimos sin poder viajar durante

el tiempo que duró la cuarentena por la pandemia del COVID.

Un día, la reclusión terminó y, sujetos a decenas de regulaciones, volvimos a volar.

Era difícil encontrar cómo hacerlo porque había mucha menos oferta, y aquellas opciones que antes eran descartadas en forma inmediata, empezaron a pensarse como una alternativa válida.

Antes de la pandemia, había por lo menos cuatro vuelos directos diarios a Miami. Digo por lo menos, porque ya olvidé si United y American tenían más de uno por día. Aerolíneas siempre tuvo dos. Eso había cambiado.

Salí de Ezeiza en un vuelo de Copa con destino a Panamá. Un vuelo de siete horas y pico, dos horas de espera en el aeropuerto de Tocumen y otras cuatro horas para llegar a Miami. En total, algo menos de catorce horas, que, si hubiera sido directo, no pasaban de ocho.

Pero tenía que ir sí o sí a resolver algunos temas de inversiones de clientes, así que me banqué salir de Buenos Aires a las tres de la mañana desde un Ezeiza virtualmente vacío.

Llegué a Tocumen bastante descansado y salí de la manga buscando con el mismo apuro de siempre las pantallas para ver de qué puerta despegaba mi conexión a Miami, que tenía hora de embarque a las doce del mediodía. Mi desesperanza fue encontrar en pantalla el fatídico cartel de “Consulte Cía.”.

Me acerqué —lo hicimos casi todos los pasajeros porque el destino final de la gran mayoría era Miami— al mostrador de Copa que nos anunció que nuestro vuelo había sido cancelado, pero que todos íbamos a viajar en el próximo a Miami que salía... ocho horas después. Por supuesto, la compañía nos entregaba en ese mismo acto el *voucher* para la comida del día y nos pedía infinitas disculpas por el inconveniente.

Mientras alguno se enojaba pensando que Disney le quedaba un día más lejos de distancia, otros gritaban que así no podía ser y un montón de epítetos más, yo, habituado a estos menesteres y con la bronca contenida pensando en rearmar la agenda del día, di la vuelta, pregunté de qué puerta iba a salir ese nuevo vuelo y hacia allí fui, no sin antes tomarme un café para amenizar la espera.

Llegué a la zona de embarque. Me arrellané en el asiento, saqué mi teléfono y empecé a mandar mensajes para encarrilar los tres días de viaje que había previsto; cambié la hora de llegada en la reserva del auto y me disponía a leer algún diario en el móvil, con la certeza de que iba a ser imposible no aburrirme.

Ella no tuvo mejor idea que sentarse enfrente. Y con Houellebecq en la mano. Tardé unos minutos en darme cuenta de que estaba leyendo *Ampliación del campo de batalla* porque lo tenía en su versión normal y yo lo había comprado en la versión de bolsillo. En español, obvio.

Parecía imperturbable leyendo al autor francés.

—Es muy bueno —le dije.

—¿Perdón?

—El libro, es muy bueno. Es, para mí, incluso mejor que *Las partículas elementales*.

—Supongo que también es de Houellebecq.

—Sí, sí. Creo que la que estás leyendo es la primera novela que publicó.

Todavía no había notado lo hermosa que era. Si hice un primer comentario sobre el libro fue más por la pasión que me inspiran algunos autores que por quien lo sostenía en su mano. ¿Hubiera hecho el mismo comentario si el libro estuviera en las manos de un hombre? Definitivamente sí.

Pero era ella. En poco más de una hora supe que tenía algo menos de cuarenta años, casada, con dos hijos pequeños, el pelo negro y ensortijado con una colita, que no evitaba mostrar a las claras su volumen.

Todo empezó con el libro y lo tuvo como prólogo de la conversación que duró desde ese “muy bueno” hasta que retiramos las valijas en la cinta dos del sector J del aeropuerto de Miami. Más de doce horas en las cuales ambos, por la razón que sea, nos desnudamos y nos dijimos todo lo que uno a veces, y solo a veces, se dice a sí mismo frente al espejo.

Los primeros comentarios sobre si éramos ganadores o perdedores en los campos de batalla de Houellebecq —el económico y el sexual— rompió todas las barreras. Porque mientras ambos delineamos nuestros éxitos en la actividad profesional —yo

como asesor en inversiones; ella como publicista— y detallamos uno a uno los pasos que habíamos dado para llegar al éxito; distinto fue acercarnos, lenta y prudentemente, a los éxitos o fracasos en nuestra vida sexual.

No era tan fácil explicarle que yo venía de un divorcio casi sin discusiones, prueba irrefutable de que el amor que nos había conquistado cuando jóvenes había terminado hacía ya tiempo, y que en los últimos cuatro años solo había tenido experiencias, diríamos, inconducentes.

Buenas noches de sexo, algunos viajes bien acompañado, presentaciones con más expectativas que éxitos, recorrido por las redes sociales en busca de antiguas conocidas, y todos los métodos que los solteros más o menos codiciados utilizamos para poder ir a cenar con amigos y hacer gala de nuestras conquistas.

Ella se reía. Me contó que se había casado hacía diez años con el CEO de una compañía internacional. Se conocieron porque él había viajado a Buenos Aires para ver la propuesta publicitaria para América Latina que había hecho la compañía en la cual ella trabajaba, y se habían enamorado perdidamente. Vivían en Stuart, en las afueras de Miami, y cada tanto ella iba a Buenos Aires a ver a su familia y a sus amigos.

—No fue mi primera experiencia, ni sexual ni amorosa. Yo creo que llegué a él cuando ya había probado todo lo que quería probar. No, no me

malinterpretes —dijo riéndose cuando mi mirada pasó al asombro—, no tuve ni orgías, ni sexo grupal ni swingers ni nada de eso. Simplemente cogía. No tenía problemas en la primera cita, ni en la segunda. La única limitación que me ponía era dejarle el teléfono del chabón a mi mamá, por si pasaba que el tipo era un asesino serial o un violador o simplemente un violento —me contó sin pudor.

Tardó un tiempo en aceptar que después de diez años de matrimonio nada era igual que al principio, que a veces sentía que le faltaba calor a sus días pero —y cada vez que lo reiteraba jugaba con su alianza— que los deslices se pagan caro y no estaba dispuesta a jugarse el orden que había construido.

Y entonces me pregunté —y le pregunté— si nuestras historias eran de éxito en el plano sexual, ya que en el económico no había dudas de que lo eran.

Así fue que, un poco en broma y mucho en serio, cada uno de nosotros fue desgranando su historia paso a paso, desnudándonos lenta pero inexorablemente, contándonos secretos vergonzantes y haciendo de cuenta que el “cono del silencio” nos rodeaba y no permitía que nadie de los cientos de personas a nuestro alrededor interviniera.

Le pregunté si le parecía una casualidad que nos hubiéramos encontrado en ese vuelo o si era una señal del destino. Me dijo que como método para tratar de conquistarla era bastante mediocre y que si había tenido tantas lecturas como yo decía, podía intentar algo mejor.

—¿Vos querés que lo intente? —pregunté.

—No sé si quiero, me parece que me estoy armando a un abismo y tengo miedo de asomarme a él.

—Voy a intentarlo. Hace mucho que no tengo unas horas de diálogo como este.

En algún momento de la conversación, que ni siquiera era interrumpida por los mensajes que recibíamos en nuestros teléfonos, decidimos desechar el *voucher* y comer en el aeropuerto, en un puesto de comidas rápidas del piso de arriba.

—¿Comemos hamburguesas? —preguntó.

—Doble —dije pensando que ya todo estaba jugado. Que ella y yo éramos los dos medios seres humanos que se juntaban para completarse. Eso de la media naranja, que el ser humano fue creado “varón y hembra”, juntos, y que la separación provoca la búsqueda del otro todo el tiempo. Yo la había encontrado.

Nos manchamos, claro que sí. Abrimos las bocas para masticar con total desvergüenza. Parecía que nos conocíamos de toda la vida. Alguna vez aprendí que no es bueno comer hamburguesas en una primera cita, porque abrir la boca y pegarle el tarascón manchándote con mayonesa y ketchup no es una buena presentación para la mirada del otro. Lo hicimos igual. Como si no fuera la primera cita.

Cuando subimos al avión le propuse cambiar los asientos para viajar al lado de ella. Ambos viajábamos en *business* así que no fue muy difícil encontrar al pasajero que aceptara cambiar de la fila cuatro a la seis. Total, estábamos todos sin dormir.

No me acuerdo nada del viaje. Ni del despegue ni de la comida que nos dieron. Nada. Solo sé que cuando despegamos, me agarró la mano y que así quedamos, con las manos unidas casi todo el trayecto. Y cuando las separábamos, jugábamos a agarrarnos los dedos meñiques, con miradas furtivas de complicidad. En el deseo de comunicarnos, por lo menos dos veces la azafata nos tiró la bronca por no tener el barbijo puesto. Y nosotros nos reíamos.

Todo en mí era agradecer a Copa la suspensión del vuelo para poder conocerla. Que eso hubiera ocurrido, que ella se hubiera sentado frente a mí cuando en la zona había muchísimo lugar vacío, que estuviera leyendo precisamente a uno de mis autores favoritos, todo ratificaba esa conjunción cósmica. Y estaba seguro de que deparaba momentos hermosos para el futuro.

No me imaginaba —lo juro— revolcándonos en una cama *king size* después de una cena opípara y un vino espumante de los más caros. Lo mío era muchísimo más ingenuo: me la imaginaba haciéndome el desayuno mientras yo ayudaba a sus hijos a terminar de cambiarse para ir a la escuela.

Sí. Si el amor a primera vista existe, sin duda Cupido estaba al alcance de mi mano con la flecha extendida. Solo faltaba que atravesase el corazón de los dos. El mío ya estaba sangrando.

Me acerqué, durante el vuelo, para besarla. Me pidió que no, que en el avión no. Que le daba ver-

güenza. Que moría de ganas de hacerlo, pero que no le parecía prudente. Le pregunté si quería que nos encerrásemos en el baño, pero se rio, moviendo la cabeza para decirme que no.

Un pequeño aparte: si algo me seduce es la risa. La de ella era franca, no sustancialmente ruidosa, pero clara. Y yo la hice reír mucho. Y cada vez que lo hacía, me provocaba suspiros de placer.

Llegamos al aeropuerto. Como ella tenía residencia americana nos separamos para hacer migraciones. Claro que en esa época eran pocos los aviones. El trámite de ambos fue rápido.

Nos encontramos en la salida del equipaje.

—Alquilé coche, ¿te acerco?

—No, Javier, aquí nos despedimos. Fue hermoso mientras fue, y fue hermoso porque fue. No puedo ni podré con esto.

—Escucháme —atiné a balbucear.

No me dejó continuar. Se acercó. Me besó en los labios. Yo sé de besos. No fue de esos de compromiso. En sus labios —y en los míos— estaba concentrado todo lo que uno piensa, sabe, cree, siente sobre el amor y las relaciones con el otro.

No le dio vergüenza, no miró a los costados. Me besó, compulsivamente. Con la boca abierta, jugando con su lengua contra la mía.

Nada hice. Estaba sorprendido. Ese desenlace no era el que yo había imaginado en las últimas doce horas. Las malas noticias no requieren confirmación, había leído por ahí. Y saber que ella se iba, así, sin

más, era peor que una mala noticia. Era el derrumbe inexorable de los sueños.

Me observó. Vi sus ojos oscuros brillar. No sé si era la luz del aeropuerto, sus lágrimas o las mías.

Solo atinó a acariciarme la mano que tenía libre mirándome fijamente. Supongo —y eso es solo mi deseo— que quería fijar en su memoria esas horas donde nos sentimos aislados del mundo, únicos pasajeros de una nave en el espacio sideral.

Se fue. Me quedé parado en la mitad del salón mirando cómo se alejaba. En ningún momento volvió la vista atrás. Sus pasos eran rápidos y seguros. No daba lugar a dudas. Había tomado una decisión y se notaba.

Me sentí Sísifo. Cargué con la piedra desde la base, la hice rodar cuesta arriba y cuando creía que había llegado a la cima, aun manteniendo la fuerza, se escapó de mis manos y rodó hacia abajo.

No tengo su teléfono, no puedo ir a Stuart a dar vueltas como un poseído para ver si la veo. No sé a qué escuela concurren sus hijos ni sé en qué compañía trabaja ella ni el marido.

Quería dejar por escrito estas líneas. Cualquiera podría imaginar que mi ideal de amor eterno no eran más que una fantasiosa forma de conseguir que la mujer de mis sueños me acompañara a disfrutar de noches de placer. Que todo esto que escribí no es más que una forma de ocultar, disimular, que me quedé caliente.

No, no. No fue así. Ella marcó un antes y un después. De ahí y hasta acá he tenido infinidad de

conversaciones con mujeres. De todo tipo. Solteras, separadas, viudas, hasta casadas. En todos los casos, no dejé de compararlas con ella, la que leía a Houellebecq y que encontré por un vuelo demorado.